

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID

Pesetas.

Mes	1
Trimestre	2,50
Semestre	5
Año	10

PROVINCIAS

Tres meses	3
Semestre	5,50
Año	10
Extranjero y Ultramar ..	8 pesos

CORRESPONSALES

25 números	1,50
------------------	------

NÚMERO CORRIENTE

10 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si el pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria, calle del Obispo, 55.

NÚMERO ATRASADO

25 céntimos.

PERIODICO SATÍRICO BISEMANAL

Y VA DE CUENTO

El duque de Sevillano, que, como es sabido, andaba siempre en tratos y contratos con el gobierno, frecuentaba diariamente el ministerio de Hacienda y echaba sus párrafos con el ministro, quien llegó a creer que lo visitaba únicamente por afecto personal y cariño amistoso.

Cayó el ministro, como suele acontecer cada lunes y cada martes en esta bendita España, fué nombrado otro en su lugar, y el caído no volvió á ver al duque de Sevillano.

Tropezó con él á los tres ó cuatro meses, y al darle sus quejas, contestóle admirado el duque:

—¡Cómo! ¿Es posible que me culpe usted por una falta que no he cometido! Yo, consecuente con mi costumbre, voy á diario al ministerio de Hacienda. A usted es al que no se le ve por allí desde hace mucho tiempo.

La moraleja del cuento ó sucedido pueden sacarla los políticos que abandonen la actitud que impulsó á muchos á ponerse á su lado, y que se extrañen luego de no encontrar en su nueva senda á los que marchan siempre por el mismo camino.

RETRATOS AL CARBÓN

DON CRISTINO MARTOS

Quisiéramos tener el escarpelo de Paul Bourget, como diría cualquier cronista ultrapiresnaico, para proceder al análisis del alma de este hombre, una de las más tenebrosas que llevó el diablo en este país desde que hay sistema parlamentario é inmoralidades en la administración pública.

Rendido este homenaje al joven maestro, al delicadísimo observador, que es fuerza hoy y hasta moda que le presten todos los «retratistas» que presumimos de psicólogos—aunque en pequeña escala,—conste que en esta empresa fracasaría quizá el propio autor de *Pedro Cornelis*, que á vuelta de mil sondas, perforaciones y registros no sacaría mas que la cabeza caliente y el instrumento completamente mellado.

Y es que en el alma de D. Cristino debe haber unos recodos, tales bifurcaciones y tan recónditos escondrijos, que el explorador, perplejo, no sabe por dónde buzar, y cuando se decide y penetra en aquellos fondos subterráneos ó submarinos, retrocede casi aterrado, al ver que se extiende ante sus ojos otra red inmensa de sombras, de túneles, de misterios... Porque hay regiones en ciertas conciencias, que pudiéramos llamar el *alma central*, en las que jamás pisó planta de psicólogo, y el Livingstone que temerariamente se lanzara por esos desiertos morales, correría el peligro de morir de sed, ó de volver por lo menos con una pernicioso fiebre palúdica.

Renunciemos, pues, á encontrar las fuentes del Nilo, ó mejor, demos por averiguado que son turbias, con lo que nos evitamos una travesía peligrosa, y, además, probablemente acertaremos.

Lejos de nosotros la vulgaridad de explotar la cara de Martos como espejo del alma que tenga. Muy extraño es, sin duda, ese rostro de un repulsivo mate, que hiere dolorosamente la fantasía... En el delirio se ven cosas así: muchas caras de Mar-

tos que saltan en la sombra y nos asedian, unas veces deslizándose en procesión pausada, alternando con distintos monstruos, otras girando en vertiginoso remolino alrededor de nuestras sienas, abrasadas por la calentura... En ocasiones esas caras horribles aproximan sus labios fríos á nuestros labios, como intentando poseernos, y la siniestra pesadilla adquiere entonces la forma más cruel de suplicio que puede surgir de los altos hornos de la fiebre; nos debatimos entre congojas y sollozos, luchamos como héroes... y al fin, sudando y jadeantes, nos despertamos llenos del triple horror de Shakespeare. ¿Qué sensación de dicha! ¿No era verdad, era un sueño! Voluptuosamente vuelven á cerrarse los párpados, y acude el descanso reparador, el veradero sueño, sin grifos ni endriagos en las sombras...

Es esta una impresión personalísima, una nota que la sinceridad nos fuerza á consignar. La imaginación establece analogías y filiaciones invencibles que nos ofrecen todo el vigor, todo el relieve de las más vivas realidades. ¿Y quién sabe? Acaso esa visión de Martos, que perpetuamente nos finge el cerebro enfermo, encierre algún hondo simbolismo que puede lo inconsciente producir... Quizá esa batalla librada en las tinieblas sea como apólogo profundo que la fiebre pone en acción, algo así como una lucha apocalíptica entre el espíritu del bien y el espíritu de Martos... El mundo psíquico está empedrado de misterios.

Pero lo lamentable es que el monstruo, el dragón, el vestigio, reaparece después en medio de la vida pública, y á través de los cuatro ojos de la imberbe cara, vemos asomarse el alma hirsuta de ese hombre sin fe, de ese quebrado de todos los principios, cuya bancarrota coincide siempre con la desgracia y el alejamiento del poder de sus correligionarios.

También las naciones pueden tener sus pesadillas.

Es un gran orador, muy hábil... ¿Qué le quedaría á Martos, ¡vive Cristo!, si se le quitara esta opinión? Pero de humilde cepa; su oratoria es plebeya, su pensamiento no se atavía jamás con otros ropajes que la blusa del menestral, heredada de sus mayores.

Nunca ha servido á las ideas mas que de pasada, como un accidente que resulta al servirse á sí propio. Su conformación le impide elevar el vuelo; á los 7.000 metros, á esas alturas que alcanzan los grandes oradores, el aire se hace irrespirable para él, y cuando intentó la ascensión, en arrebatos de orgullo poco frecuentes en su espíritu esencialmente práctico y exacto, se le vió caer con principios de asfixia, y acaso con el despecho y la cólera de la impotencia. Su región es el ras del suelo, y sólo saturándose con las emanaciones de la tierra pueden funcionar ampliamente sus pulmones...

Quizá Martos haya soñado, allá en sus mocedades, aparte de grandezas ya conseguidas y fáciles de realizar cuando se persiguen á toda costa, esas otras grandezas inmateriales, que suelen atormentar las ambiciones satisfechas á medias... Acaso su temperamento de vulgo haya soñado con la belleza, con la palabra de fuego que cae sobre las muchedumbres, y las hace temblar de entusiasmo, de odio y

de amor... Quizá haya devorado como afrentas los triunfos estruendosos de ese gran mago de la palabra, amigo íntimo suyo, su admirador más ó menos sincero, casi su igual... pero del que le separa una cosa inmensa é infranqueable: el arte, la fantasía...

Martos habla, en efecto, como no ha hablado nunca, pero siempre desde los pisos bajos de la oratoria. Su frase se espacia, bien construida y correcta, si trata de las leyes municipales, de las relaciones del Senado con el Congreso, de las vicisitudes por que pasó un artículo tan traído como llevado... Todo eso, en fin, que sin ser menudencias mas que allá en el fondo, no sirvió jamás de materia imponible al orador en el alto sentido de la palabra, es lo que Martos siente, lo que domina, lo que expresa con fuerza y con cierta galanura fúnebre... El orador de raza halla un pretexto en esas cuestiones, secundarias, sin duda—y no es que tratemos de ofenderlas—para subir á lo alto y examinarlas desde allí, atrayéndolas hasta su altura, engrandecidas, transfiguradas. Es el procedimiento de Alcalá Galiano, de López, de Castelar... Martos, por fuerza tiene que mirarlas donde están, clavadas á la tierra, y cuando la *retórica*, que duerme en él el sueño de las ambiciones frustradas, intenta como despertarse, en rebeldía, entonces se ve, distinto y definido, al orador pequeño, con la pequeñez del asunto, al hombre adscrito al papel sellado, incapaz de agrandar lo que toca, que es el triunfo de los grandes maestros, de los oradores artistas.

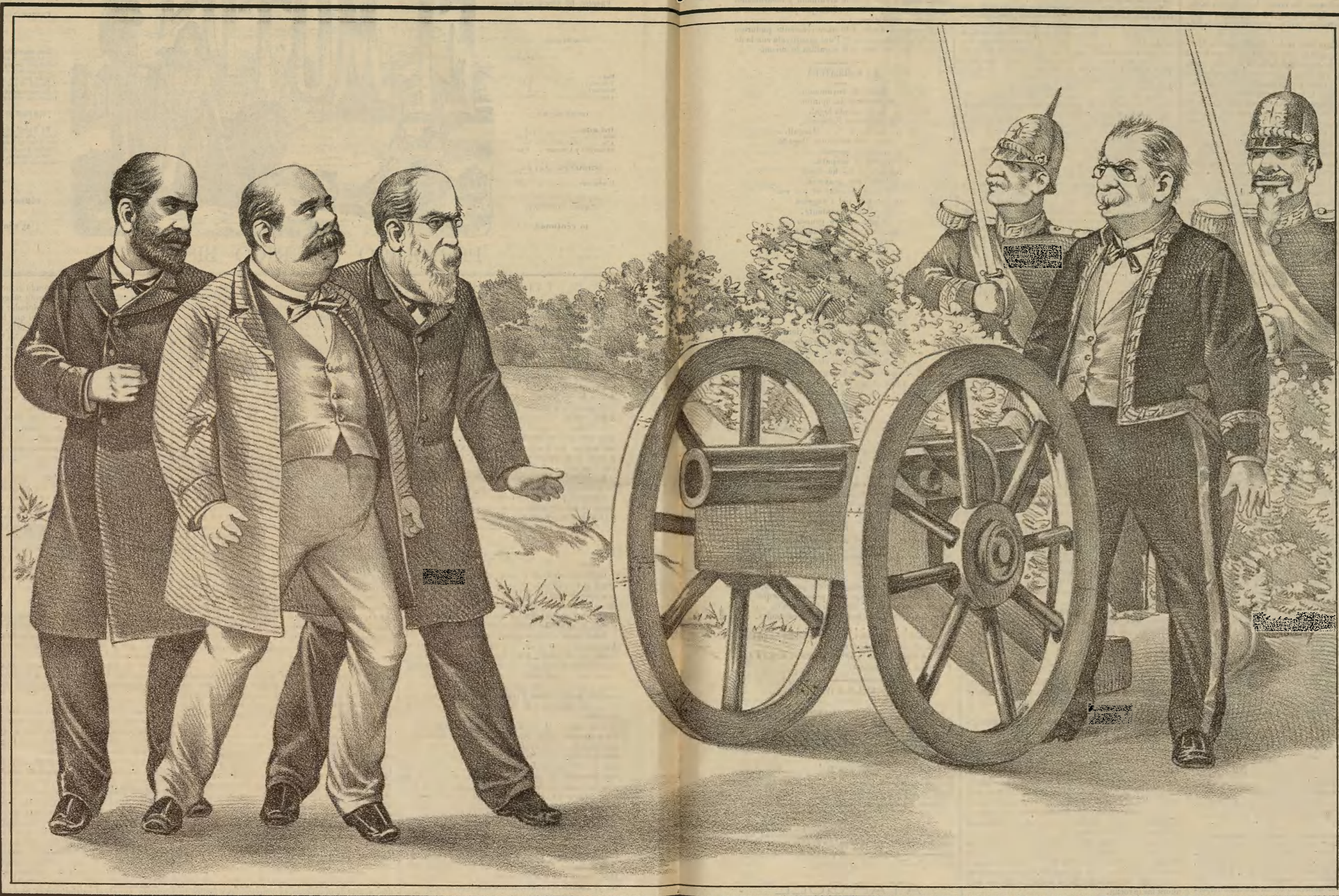
¡Oh! Si ha soñado con la belleza, con la poesía, con los esplendores del arte ¡desgraciado de él, que no logró percibir nunca las grandes armonías de las cosas, que el oído afinado percibe hasta en los reglamentos de las Cámaras, en las esferas pitagóricas, en las contratas de la Transatlántica y del tabaco, en todo... y que, en cuanto á hermosura, parece que fué víctima de una cólera del cielo.

Henos de nuevo recalando en lo físico... Porque tal vez sea más importante de lo que al principio nos pareciera. Acaso sea irracional abstracción, absurdo convencionalismo esa dualidad entre el espíritu y el vaso que lo contiene.

Esa cara del Sr. Martos es de las que pueden explicar muchas cosas. El gran desesperado de Recanati ofrece en su joroba la clave de su sombrío pesimismo. Fuera él hermoso, querido de las mujeres, gala de los salones, y acaso sus tristes cantares hubieran sido endechas de amor acariciando la vida.

La perpetua conciencia de una fealdad agita y descompone el alma: al través de una amargura, toda la creación toma un tinte gris y parece que el mundo nos devuelve la impresión penosa que le damos. El sol de Mayo es pálido y triste, las brisas que nos besan nos injurian, la luna, que riela en el lago, parece que se burla de nosotros... Y en el mundo moral, el patriotismo es una limitación, el derecho un sarcasmo, el ideal un tropo, los principios un juego... El hombre, *homo lupus*, no es quién para que se le deba guardar la fe jurada; la mujer es la mona del país de Nod, los reyes y los grandes, negros, y los pueblos merienda... No el mandarín de China legendario, sino todos los man-

EL MOTIN



El único poderoso argumento de la soberanía nacional.

darines de la tierra serían sacrificados friamente, voluptuosamente, si de un movimiento de nuestra voluntad dependieran. La moral, la religión, la esperanza de algo, la dicha aquí ó allá, solo son palabrería presuntuosa, ceniza y humo, vanidad de vanidades...

¡Oh, la desgracia hace malo! ¿Quién sabe si Martos, al verse físicamente poco atractivo y torpe habrá arrojado, lleno de la acritud de la vida, gran parte de ese lastre, el que tiene aplicación á la cosa pública, en su larga y triste peregrinación sobre todos los mares? ¿Quién sabe si la accidentalidad de las formas de gobierno habrá surgido en uno de esos momentos de enervación fatal? ¿Quién sabe si aquella noche en que hirió audazmente á Rivero, no sentía la necesidad casi física de hacer daño á un amigo? ¿Y quién asegura que al presentar al rey Alfonso los arroceros valencianos, no despreciaba á los arroceros, al rey y al arroz? No quisiéramos equivocarnos, pero aquel *era* célebre, casi insensato por lo inoportuno, nos pareció que salía de sus labios con una pronunciada humedad de despecho y de cólera.

Sí. En el fondo de las acciones humanas, aun las más ambiguas, puede haber algo de respetable por lo trágico. Bonnetain, al separarse de su maestro, explica las aberraciones de Zola con una frase preñada de intenciones... *¡Sensorio mórbido!* Puede que Canalejas, el único discípulo fiel á los evangelios de Martos, le recuerde ese *sensorio mórbido* algún día...

A nosotros nos toca respetar la conducta de ese hombre. Pero respetémosla con el sombrero puesto.

* *

Hemos citado á Paul Bourget, y en el curso de este trabajo nos hemos más y más convencido de que, por sus procedimientos, no lograría arrancar el *cruel enigma* á la esfinge de este ex demócrata.

Quizá Balzac, que penetró en las complejas interioridades de los de Trailles, de los Rastignac, de los Rubempré, tan complicados en la vida, consiguiera sacar de él mayor provecho...

Pero más pertenece á la jurisdicción de cualquier naturalista rabioso.

En cuanto á nosotros, decididamente renunciamos á pintarle...

¡Que lo pinte el Tato!

Enemigos de engalarnos con trabajos ajenos, declaramos modestamente que el anterior retrato no es original de *El Morín*. Publicólo *El País*, órgano del Sr. Ruiz Zorrilla, en 1.º de Septiembre de 1887.

Ignoramos si ese D. Cristóbal Martos, tan duramente juzgado, es pariente del nombre político de ese nombre y apellido que hoy *El País* ensalza casi á diario, ya que el mismo no puede ser en modo alguno.

Y nos fundamos para creerlo en que si fuera el mismo, nadie aceptaría su intervención para resolver el asunto de la amnistía que hoy tratan de conceder á los emigrados los fusiladores de Ferrándiz y Vellés, con el piadoso fin de monopolizar el poder durante algunos años, haciendo valer ante el trono el servicio que van á prestarle desarmando la revolución, ó creyendo desarmarla al menos.

De lo infame de aquellos fusilamientos no hemos de hablar por cuenta propia, para que no se crea que nos dejamos llevar por la pasión. Empezaremos por lo que dijo al poco tiempo de cometidos un período monárquico, *La Izquierda Dinástica*:

«En cuanto al consejo de guerra de los oficiales sentenciados por los sucesos de Santa Coloma de Farnés, nadie olvida que el consejo de instrucción no quiso condenarlos á muerte, y sin tener en cuenta que ya el año anterior, por sucesos que revestían otra gravedad, al llegar la causa á Madrid se rectificó el fallo, aquellos infelices que no habían llegado á alzarse en armas contra lo constituido, fueron inhumanamente fusilados, contra el grito unánime del país, y muy especialmente de las provincias de Cataluña, donde la ejecución produjo una impresión cuyo recuerdo no se borrará en mucho tiempo de la memoria de aquellos habitantes.»

Allá va ahora lo que publicó en el primer aniversario de aquellos sangrientos sucesos *El Federalista*, de Barcelona:

«Jamás había presenciado Barcelona, Cataluña, España una manifestación semejante del sentimiento popular que creciendo creciendo se desborda hasta convertirse en explosión grandiosa y sublime del amor humano. ¡Qué espectáculo el que á los ojos de propios y de extraños ofrecía nuestra ciudad querida!

Mas todo en vano. El mundo oficial mostróse imperturbable, obstinado; no se ablandó al imponente rugor, sin duda por carecer de entrañas.

La vida cortesana y palaciega produce, en cuantos la llevan, singular desequilibrio entre la facultad aritmética, fría, del cálculo á que generalmente se entregan, y los sentimientos humanitarios que en aquellos parecen pospuestos, sino lo están en realidad.

La sangre era, pues, inevitable; fué preciso que corriera, para que viéramos cumplida la ley histórica de las monarquías de derecho divino.

No podemos, por ahora, expresarnos de otro modo; por otra parte, los lectores de *El Federalista* procurarán suplir cuanto llamamos con nuestras forzadas reticencias.

Ferrándiz y Vellés sucumbieron cabe los muros de la ciudad heroica que tantos mártires inmortalizaran con sus épicas hazañas. El lugar del sacrificio fué digno de los nobles militares y de la proscrita y combatida causa que á trance tan fatal les condujera.

¡Pobres viudas! ¡pobres hijos! Las viudas y los hijos de los que perecieron en aquel infausto día.

Ellos, los mártires, viven y vivirán en la memoria de todos los republicanos, que saben apreciar la inmensidad de aquel sublime sacrificio.

Así lo demostraron cuando, caliente aún su generosa sangre, el *egoísmo* catalán inició una suscripción que pusiera las desgraciadas familias de los fusilados á cubierto de la miseria á que la justicia oficial les arrojaba con inapelable sentencia.

Aun recordamos con profunda amargura el lúgubre cuadro que presentaba el lugar del suplicio; aun no ha podido borrarse de nuestra memoria la dolorosa escena que presenciábamos momentos antes de la ejecución. Los infelices soldados que debían disparar contra los que habían sido sus jefes, se mostraron vacilantes y llorosos.

Pero de todos los detalles crueles de aquel fúnebre aparato, ninguno produjo en nuestro ánimo tan honda y abrumadora impresión como este pregón, que no calificamos, salido de labios de un comandante mayor de plaza: «*En nombre del rey! A todo el que levante la voz para implorar clemencia, se le impone pena de la vida.*»

Pueblos, villas y ciudades agitábanse sin descanso en demanda de perdón para Ferrándiz y Vellés, cuando en nombre del rey se condenaba á muerte á todo aquel que solicitara clemencia.

¡En nombre del rey!...

El nieto de Fernando VII ocupa el trono después de la insurrección militar de Sagunto.»

¿Parece poco aún? Pues á continuación copiamos, para terminar por hoy, esto que á propósito de lo mismo escribió nuestro estimado colega *La República*:

«¡Oh! si en el día del triunfo, que ya se acerca, alguien por cobarde ó por traidor, desliza en nuestros oídos las palabras perdón y olvido, rechacémosle con energía, arrojémosle de nuestro lado.

No; el partido republicano tiene historia muy gloriosa y muy limpia para que necesite de los demás la limosna del olvido; y tiene que castigar muchas felonías y muchas traiciones para que pueda perdonar.

Nunca, nunca, nunca. Para nuestros hombres, incorruptibles en medio de la corrupción, constantes ante la inconstancia, perseverantes á prueba de desalientos y de amarguras, cañoso recuerdo; para nuestros errores, ya cruelmente castigados, provechosa memoria; para soldados desleales á la causa del pueblo, para militares traidores, para tiranos crueles é implacables verdugos, para esos no encor, no ensañamiento; justicia, nada más que justicia. A fin de que la justicia se realice, es necesario que el partido republicano federal no tenga para ellos ni oído ni perdón.»

Al leer estas enérgicas protestas, la sangre late con entusiasmo en las venas, el espíritu se ensancha, y aun cuando hace pocos años que se formularon, parece que nos trasladamos á otras muy lejanas épocas de virilidad, de patriotismo, de arranques nobles.

Y nos tapamos los ojos avergonzados para no ver la triste realidad presente, en que se anda en componendas con los conservadores por medio de los hombres que traicionaron la revolución y la República; componendas que, de llevarse á cabo, servirían sólo para asegurar por algún tiempo en el poder á los hombres más inmorales y funestos de la política española. ¡Y qué tremenda responsabilidad no se echarán encima los hombres que intervengan en este arreglo, ó que escuchen siquiera las proposiciones de los monárquicos!

Y pensando de este modo, ¡cálculase cuán profunda no será nuestra pena al ver que el nombre del Sr. Ruiz Zorrilla anda mezclado en este asunto, por torpezas ú oficiosidades de algunos que se dicen sus amigos! ¡Ese nombre, que debería siempre conservarse en alto para que nos sirviera en adelante, como hasta ahora nos ha servido, de bandera en las luchas contra la monarquía! ¡Ese nombre, que ha flotado hasta hoy sobre nuestras divergencias y que se intenta confundir con los demás, para que no pueda agrupar á su alrededor á todos los elementos revolucionarios de España!

Y lo vil de esta mixtificación intentada es la hipocresía con que se lleva á cabo invocando las hermosas palabras de olvido, paz, fraternidad, que siempre hallan eco en el corazón de los hombres generosos, pero que no siente ninguno de los que ahora las invocan.

¿Quieren unión entre todos los republicanos? ¿desean que todo se olvide? ¿que trabajemos juntos por la reconquista de la República? Pues allá va la fórmula en una palabra: *¡venganza!*

Palabra que no es ya fórmula, sino programa, pues nos llevaría unidos á herir con las armas que

nos hirieron; á honrar la memoria de los que se sacrificaron; á todo, en fin, lo que es preciso hacer para salvar á este pueblo arruinado y escarnecido, que no cometió jamás otra falta que poner su suerte en manos inhábiles.

¿Encuentra algún oído excesivamente pudoroso dura la palabra *venganza*? Pues sustitúyala con la de *justicia*, que en este caso significa lo mismo.

LA CARICATURA

«Nada de revolución; conquistemos la opinión en la contienda legal.»

Así exclaman Salmerón, D. Emilio y Pi y Margall.

Bien. Supongamos llegado el momento deseado.

Ganaron la simpatía del país, y les ha dado en las Cortes mayoría.

¿Podrán proclamar por eso en el salón del Congreso la República triunfante,

si de este calibre grueso tienen un cañón delante?

¿No? Pues vean Pi y Margall, D. Emilio y Salmerón

cómo es de la Nacional soberanía, el cañón argumento principal.

Y así, mientras el momento no llega en que ese argumento consigan tener á mano,

se fatigarán en vano dando su programa al viento.

Dejen, pues, de pretender inculcarnos que el poder

se alcanza en las elecciones.

Aquí lo que hay que tener es muchísimos... cañones.

ENIGMA

Juicio que formula un político contra un jefe de partido:

«Este (el jefe) no ha premiado nunca la lealtad, la consecuencia, la honradez, ni correspondido en su vida á los más elementales deberes de la amistad.»

«Los que han puesto á su disposición la vida, la fortuna, y le han seguido consecuentes y callados hasta en sus desaciertos, no le merecieron jamás estimación alguna; en cambio, los que le inciensan y se humillan ante él, después de maltratados en su honra; los que le vitorean y proclaman como jefe indiscutible, á raíz de haber recibido patente de honradez y de moralidad, de manos de un juez que les ha interrogado sobre cuestiones de moralidad y de decoro, éstos, todos éstos, merecen por entero su confianza; mas ganada á este precio, francamente, yo prefiero la cárcel, el ostracismo como en 1867.»

¿A quién creen nuestros lectores que se refiere?

Les doy algún tiempo para pensarlo, porque, como cuadrar el juicio, les cuadra á muchos, por no decir á casi todos los jefes de partido españoles. . .

¿Se dan por vencidos, no atreviéndose á nombrar á todo el que lo merece?

Pues sepan que se lo aplica D. Pedro Luna á don Práxedes Mateo Sagasta.

BIBLIOGRAFÍA

Hemos recibido un ejemplar del *Mapa Regional Vinícola* y otros productos de la provincia de Cuenca, por D. Eduardo Oarrichena. No es necesario encomiar la utilidad de trabajos como este de que nos ocupamos. Son de suma utilidad para el comercio y para el público en general.

Nos limitamos, pues, á felicitar á su autor y á los ayuntamientos que generosamente han contribuido á la publicación del *Mapa*.

La acreditada casa editorial de D. Juan Muñoz ha publicado los cuadernos 17 al 20 de la importante obra *Arquitectura de las Iguazas*, del eminente filólogo D. Eduardo Benot. Constará esta obra de tres tomos de 400 páginas próximamente cada uno, y se reparte por cuadernos semanales al precio de una peseta.

Se admiten suscripciones en la casa editorial, Fúcar, 8, Madrid, y en las principales librerías y centros de suscripción.

¿Qué noche aquella!, novela festiva, por Plácido... Consta de 91 páginas en 8.º, y véndese á peseta en el Gran Centro Editorial, Vergara, 9, 2.º, Madrid, y en las principales librerías.

OBRA NUEVA

ATAR-GULL

por

EUGENIO SUE

Un tomo: DOS pesetas.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.